

Aproximación a la historia oral del Ejido Zeferino Paredes, Sinaloa, México. La importancia de la preservación de la memoria para las nuevas generaciones

An approach to the oral history of the Zeferino Paredes Ejido, Sinaloa, Mexico. The importance of preserving memory for new generations

Abel Astorga Morales¹²

<https://orcid.org/0000-0002-1309-9420>

DOI: <https://doi.org/10.66778/CS.v14n39.08>

Fecha de Recepción: 9/01/2025 fecha de evaluación: 24/02/2026

Resumen

El objetivo es analizar diversos episodios para una historia oral del Ejido Zeferino Paredes y la importancia de la preservación de la memoria para las nuevas generaciones. Dicha población rural se constituyó como ejido mediante resolución presidencial de 1968, en la que se dotó de 850 hectáreas a 82 ejidatarios provenientes principalmente de Villa Juárez (Culiacán), de la sierra de Durango y de Guanajuato. Como hipótesis, sostenemos que durante 58 años el Ejido moldeó su vida familiar, agraria, ganadera, agrícola, social y cultural, de la mano de mujeres y hombres que con esfuerzo forjaron un mejor porvenir, y la preservación y fortalecimiento de la identidad colectiva se fortalecerá mediante la convivencia intergeneracional y el conocimiento por parte de las nuevas generaciones de los esfuerzos de aquellos primeros habitantes. Por ello, recurrimos a la historia oral como

¹² Profesor de la Universidad Autónoma de Baja California (UABC). Doctor en Ciencias Sociales con orientación en Sociología por la Universidad de Guadalajara, Maestro en Historia de México por la misma universidad, Licenciado en Historia por la Universidad. Líneas de investigación: Migraciones internacionales, Programa Bracero, Historia del Tiempo Presente, estudios de la memoria e historia oral, movimientos sociales, migración en tránsito de centroamericanos por México, historia rural y agraria. Correo electrónico: jaep_2am@hotmail.com y abel.astorga@uabc.edu.mx <https://orcid.org/0000-0002-1309-9420>

línea historiográfica y metodología para desentrañar, analizar e interpretar el pasado. Los testimonios orales serán la base para una historia de la Matria enfocada en la fundación, el reparto agrario, desmonte; dinámica ganadera, agrícola, quesera, migratoria, cultural, entre otros.

Palabras clave: Ejido Zeferino Paredes, Historia Oral, Fuentes orales, memoria, Sinaloa.

Abstract

The objective is to analyze various episodes for an oral history of the Zeferino Paredes Ejido and the importance of preserving memory for new generations. This rural community was established as an ejido by presidential decree in 1968, which granted 850 hectares to 82 ejido members, primarily from Villa Juárez (Culiacán), the mountains of Durango, and Guanajuato. Our hypothesis is that for 58 years the Ejido shaped its family, agrarian, livestock, agricultural, social, and cultural life, thanks to the efforts of the men and women who forged a better future. The preservation and strengthening of collective identity will be reinforced through intergenerational interaction and by ensuring that new generations understand the efforts of those first inhabitants. Therefore, we employ oral history as a historiographical approach and methodology to unravel, analyze, and interpret the past. Oral testimonies will form the basis for a history of the Matria focused on its founding, land distribution, deforestation; livestock, agricultural, cheese-making, migratory, and cultural dynamics, among others.

Keywords: Zeferino Paredes Ejido, Oral History, Oral Sources, Memory, Sinaloa.

Introducción

Las comunidades rurales poseen una rica historia, y contribuyen a la vida regional, estatal y nacional, así como todas esas escalas también impactan en la Matria. La historia oral del Ejido Zeferino Paredes, ubicado en el norte de Sinaloa, es una muestra de que la fuente oral puede convertirse en la columna vertebral de historias del terruño, donde los

testimonios orales aportan la perspectiva de las personas que vivieron los sucesos, capturando historias y experiencias significativas de individuos, familias y comunidades que no están registradas en documentos escritos y que pueden perderse. La idea de la Matria viene de la Microhistoria Mexicana ideada por el historiador Luis González, que se enfoca en el estudio de “acontecimientos de escasa o ninguna significación nacional”, de personas que viven al margen y muy adentro de la naturaleza, “donde importan más los sucesos locales, que los nacionales” (González, 2010: 14-15); esta, por tanto, es una breve historia de esa Matria ubicada en el norte de Sinaloa. Por lo anterior, este artículo tiene como objetivo exponer algunos de los hallazgos para una historia oral del Ejido Zeferino Paredes y la importancia de la preservación de la memoria para las nuevas generaciones.

Zeferino se constituyó como ejido mediante resolución presidencial de 1968 (RAN, 1991: 12), en la que se dotó de 850 hectáreas a 82 ejidatarios provenientes principalmente de Villa Juárez (Culiacán), de la sierra de Durango y de Guanajuato. El nuevo centro de población tomó el nombre de la Estación del mismo nombre inaugurada en 1960 a un par de kilómetros, y que hacía parte del Ferrocarril del Pacífico. Como hipótesis, sostenemos que durante 58 años el Ejido moldeó su vida familiar, agraria, ganadera, agrícola, social y cultural, de la mano de mujeres y hombres que con esfuerzo forjaron un mejor porvenir, y la preservación y fortalecimiento de la identidad colectiva se fortalecerá mediante la convivencia intergeneracional y el conocimiento por parte de las nuevas generaciones de los esfuerzos de aquellos primeros habitantes.

En cuanto a lo generacional, partimos de la idea de que en la vida en general, y en este caso en particular en la vida ejidal, existe una convivencia intergeneracional: se trata de la convivencia biológica de generaciones distintas implicadas en una historia común. Es decir, los hombres viven una historia común con edades disímiles, en momentos diferentes de su desarrollo biológico y social; no obstante, tal hecho generacional condiciona de alguna manera la participación social y de él se derivan ciertas solidaridades y rechazos (Aróstegui, 2004, p. 110). Así, se habla de la convivencia -en el presente- de al menos tres generaciones: los *sucesores*, los *contemporáneos* y los *predecesores*.

La generación sucesora es la más joven; la contemporánea es la más activa y, la antecesora la comprenden los más viejos, los que biológicamente van de salida: los adultos mayores que en este caso son los fundadores del ejido. Mientras que la generación de los *sucesores* es la de jóvenes y/o nuevas generaciones, la cual consideramos que eventualmente se vería fortalecida al conocer las adversidades y vicisitudes que sus padres y abuelos tuvieron que pasar para consolidar el proyecto ejidal.

Para dar cuenta de esta aproximación a la historia oral del Ejido Zeferino Paredes, nos guiaremos por tres enfoques historiográficos: la *Historia del Tiempo Presente (HTP)* para el estudio del pasado cercano y el trabajo con la memoria; la *Historia Oral* para el Trabajo con los testimonios de los protagonistas de la historia; y finalmente por la *Microhistoria Mexicana* pues este libro se enfoca en el estudio de una historia local, regional -también llamada subnacional-, es decir, en el “terruño”, en la “matria”. La HTP nos permitirá centrarnos en el estudio de la generación en que permanecemos y otorgar importancia a las problemáticas entrañadas por discursos de la memoria y a la utilización de esta como fuente histórica fundamental (recuperada mediante metodologías de la historia oral).

De esta manera, podremos advertir la representación del pasado como parte integrante del presente, además de desentrañar las relaciones complejas entre rupturas y continuidades (Sauvage, 1998, p. 64). Finalmente, la HTP también emplea un enfoque comparativo y pluridisciplinario, lo que nos lleva a recurrir a otras perspectivas de las ciencias sociales.

Es por ello que también recurrimos a la historia oral como línea historiográfica y metodología para desentrañar, analizar e interpretar el pasado. Podemos definir la historia oral como la interpretación de la historia de las múltiples sociedades y culturas, a través de la escucha de las personas y del registro de sus remembranzas y experiencias (Sandoval, 2010, p. 26). Por lo anterior, la memoria será el soporte de la percepción de la temporalidad, de la continuidad de la identidad personal y colectiva, donde se acumulen las vivencias y se analicen pasado y presente (Aróstegui, 2004). En una historia ejidal como esta es esencial recurrir a las memorias de los protagonistas de la historia, pues,

metodológicamente, desde que se concibió y hasta el día de hoy, la historia oral ha sido una disciplina utilizada para preservar el conocimiento de los eventos históricos tal y como fueron percibidos por los participantes (Collado, p. 13).

Por ello, su principal característica -y lo que más la define-, es que la fuente que más interesa es la memoria: el conjunto de recuerdos rememorados por un individuo o una colectividad. Consecuentemente, recurrimos a la historia oral, pues esta encuentra su utilidad más palpable para esclarecer problemas del tiempo presente o presente histórico, al tener la primicia de contar con los testimonios de quienes vivieron los hechos estudiados. En este caso, para un proyecto de investigación más amplio que implicó la escritura de un libro, entre 2021 y 2022 realizamos 31 entrevistas, principalmente en el Ejido y, en menor medida, en otros lugares de Sinaloa y la sierra de Durango. Estas entrevistas nos permitirán recuperar esas historias de vida, testimonios y experiencias de generaciones anteriores que van acumulándose y que forman parte de nuestra identidad, y realizar un esfuerzo para preservar esas enseñanzas para las futuras generaciones.

Precisamente, esa es la meta final de este texto: la transmisión de valores, de hechos vividos por las anteriores generaciones, que al ser transferidos (memoria heredada) se integran como memoria viva. A lo largo de los años, el Ejido ha tenido un promedio de alrededor de 200 habitantes: muchos fallecieron, otros emigraron, muchos más continúan ahí. Entre ellos destacan generaciones nuevas, jóvenes que en general desconocen la historia de dificultades y adversidades que vivieron las generaciones antecesoras. El análisis de estas memorias y de otras fuentes primarias y secundarias, nos permitirá arrojar luz sobre diversos temas que las nuevas generaciones debemos valorar, como fundación, reparto agrario, desmonte, dinámica ganadera, agrícola, quesera, migratoria, cultural, entre otros.

Memorias de la fundación y de los primeros años

Zeferino Paredes se ubica en la parte occidental del municipio de Sinaloa, muy cerca de las colindancias con los municipios de Guasave, Ahome y El Fuerte en el norte de Sinaloa (su Latitud: 25°50'01.548"N y su Longitud: 108°38'26.415"W), a 51 metros sobre el nivel del

mar sobre la planicie de la llanura costera sinaloense. Se trata de una fértil región que actualmente cuenta con tierras de riego propias para el cultivo de maíz, frijol, trigo, tomate y una gran variedad de granos y hortalizas, pero que debió esperar casi tres décadas para que estas actividades se consolidaran en esta zona periférica del valle.

El Ejido se encuentra en la periferia del llamado “Corazón Agrícola de México”, una zona del valle del Río Fuerte con agroindustria exportadora altamente productiva, en el área en la que se ubica Ruiz Cortines (Municipio de Guasave), en el entronque entre la Calle Cero y la Carretera Internacional México 15 (México-Nogales). A 47 kilómetros del Ejido está la ciudad de Los Mochis (dirección norte), que se constituye como el principal polo urbano de atracción para sus habitantes, y a 47 kilómetros se encuentra la ciudad de Guasave (dirección sur).

Desde el 31 de enero de 1966, los ejidatarios pudieron tomar “posesión provisional” y recibir los primeros trabajos de deslinde desde el 2 de febrero de ese año. Esto confirma que, aunque la mayoría de las personas se establecieron de manera permanente en el Ejido entre 1968-1969, realmente desde 1965 y 1966, algunas integrantes del grupo de Culiacán que inició la petición de tierras, y del grupo de Los Mochis que completó el grupo final, acudieron a las futuras tierras ejidales a conocerlas, desmontarlas, y algunos pocos para permanecer ahí. Sobre las mediciones de los terrenos una vez emitida la resolución presidencial de 1968, Roque López recordó que, en la mañana del 11 de agosto de 1969, quedó debidamente deslindado y amojonado el Ejido, cuando recorrieron las tierras dotadas y “poníamos marcas a los 500 metros, estacas, y abrir una línea limpiando los tractores. Andaba un ingeniero con el estatal, andaba yo y todos los interesados” (Entrevista, *Roque y Evangelina*, 2021).

una pierna, y -según lo recuerda ella- sin ningún vecino: nadie vivía aún en Zeferino. Sobre esta vida complicada en los primeros años, Esther Jaquez recordó que:

Teníamos que “lavar donde se hacía el charco de agua cuando llovía, en las lagunas que se hacían; entonces llovía, caían aguacerones y duraban los charcos por mucho tiempo. Ahí se hacía el ciboliaje [cibolis/renacuajos de rana]; lo teníamos que colar para tomárselo. No teníamos ni botes para guardar el agua. Fíjate, pasaba una camioneta que embarcaba semilla en la vía, y empezó a ver que había gente aquí, porque aquí era puro monte. Entonces, muy buena persona [el jefe de estación], nos tiraba una barra de hielo; él pasaba en una camioneta, y atrás pasaban los camiones con semilla, y él tiraba a la orilla del camino una barra de hielo, y pues nosotros sabíamos que era para nosotros. Para entonces Manuel nos trajo una hielera de madera, que duraba el hielo; la pones en la sombra y con eso ya conservas la comida. Así pasó ese hombre tirándonos barras de hielo por mucho tiempo (Entrevista, *Esther*, 2021).

De la época en la que todo era monte, se guardan las memorias de lo complejo que era sobrevivir. La gente que no se fue y decidió permanecer en esas tierras desoladas, vivía “solitos en una vida muy mala”, en la que se escuchaban los coyotes y los animales silvestres estaban en los mismos solares y hasta adentro de las casas. Esther Jaquez rememoró que llegó a dormir “con tres tarántulas debajo de la almohada, y viendo las serpientes coralillos por el techo”, por lo que “tuvimos suerte de que nunca nos picó una víbora; había unas víboras grises enormes, estaba lleno de monte” (Entrevista, *Esther*, 2021).

Del mismo modo, Cruz Villagómez recordó que su mamá le contaba que había arañas, alacranes, sapos, culebras. Mientras que Manuel Lara recordó que aprendieron a familiarizarse con el aullido de los coyotes, a sacar comida del monte, porque “si tú sabes que hay liebres y falta comida, pues con un rifle 22 vas por algo y ya es fiesta para ese día, y si tienes suerte y le pegas a un venado, ¡pues hijo de la mañana!: pues sería un banquete” (Entrevista, *Cruz*, 2021). Eso sí, lo que sí sobraba era mucha leña para atizar las hornillas para cocinar, que había “hasta en el mismo solar” (Entrevista, *Jesús Esther*, 2021).

Es decir, las actividades productivas en esos montes eran casi nulas. Mientras en las zonas más irrigadas del valle del Fuerte prevalecían los cultivos de arroz, algodón, caña, frijol y diversas hortalizas, en Zeferino y ejidos aledaños, ante la nula disponibilidad de agua, se desarrollaron otras actividades productivas y con ello otras formas de vida y organización; este ejido fue leñero (hacer leña para su venta), ganadero, quesero, jornalero y migrante. Fue precisamente gracias a la presencia de abundante monte que los primeros habitantes del Ejido -que no podían sembrar sus parcelas por falta de agua- encontraron en el monte el primer trabajo que caracterizó a Zeferino: hacer leña para venderla en Ruiz Cortines o en otras comunidades.

Muchas personas se mantenían vendiendo leña: Leoncio Silvas, Francisco Páramo, Cuco Padilla, Juan Rivas y muchos otros. Audelia Quintero, esposa de Juan Rivas, recordó que por esos años la vida era muy pobre, y “él se iba a las 3 de la mañana con una carreta” a vender la leña que previamente había cortado, “para comer, para traer comida”. Don Cuco “decía, gritaba: ‘Rivas, vámonos, ya son las tres, vámonos a vender para comer’; iban en la carreta con burros a Cortines. Duraban todo el día. Regresaban en la tarde. Hasta que acababan de vender la leña”. El Chato Padilla también recordó que su abuelo Cuco y Juan Rivas “vivían de cortar leña, de vender postes y todo eso”. Cuco Padilla -como muchos otros ejidatarios- limpió su parcela a pura hacha y machete, y “ya cuando él no tenía monte en su parcela, iban a otras parcelas a cortar leña para seguir sobreviviendo” (Entrevista, *Audelia*, 2023; Entrevista, *Jesús Antonio*, 2022).

Recién dotadas las tierras de Zeferino Paredes en 1968, los ejidatarios sembraban su tierra de temporal, vendían leña, criaban vacas y chivas, y elaboraban y comercializaban queso en Los Mochis, Guasave, Ruiz Cortines y otras poblaciones. En cuanto a la agricultura de temporal, esta empezó a tomar forma después de que los ejidatarios desmontaron su parcela con sus machetes, cultivándose cártamo (que necesitaba solo un riego), garbanzo y sorgo principalmente. Sobre las siembras de subsistencia, se recuerda que en Zeferino se cultivaba maíz, calabaza, frijol, garbanzo, pepino o milo para los animales, pero únicamente en tiempo de lluvias, ya que evidentemente la agricultura solo era de temporal. Sobre ello, las memorias de Abel Silvas son que su abuelo Leoncio cultivaba en la parcela e incluso

en el solar “hasta la esquina con don Manuel Arredondo porque no había cerco; sembraba él maíz, frijol, pepino, y todo se daba” (Entrevista, *Abel Silvas*, 2022). Quienes llegaban a sembrar más cultivaban una o dos hectáreas no solo con maíz y otras semillas para la subsistencia diaria, sino también cártamo, milo y zacate Johnson que servía como forraje para el ganado.

También, quien desde finales de los sesenta y principios de los setenta vivía en El Ejido forzosamente tenía que salir a trabajar fuera como jornalero. En esos años, Manuel Lara recorría un promedio de 20 kilómetros en bicicleta hasta los campos aledaños a Ruiz Cortines para trabajar en el algodón y el tomate principalmente: salían en grupo muy temprano para llegar a buena hora allá y, después de una jornada de trabajo y de un sueldo de 13 pesos por 8 horas, se regresaban al ejido ya tarde. Al poco tiempo empezaron a circular troques y camionetas de redilas que pasaban por los ejidos recién fundados a recoger jornaleros “pero eran muy incómodos”.

Por lo que Manuel Lara sostiene que, en esos años, “era gente muy trabajadora”, porque después de una jornada en el tomate, a su regreso en la tarde, todavía iban a desmontar las tierras con hacha y machete: así “recuerdo a Isidro Villagómez, su papá Elías Villagómez, Miguel Villagómez y otros” con dobles jornadas de trabajo, las mismas que se hacían con la ilusión de sembrar algún día. El mismo recuerdo de las idas en bicicleta guarda Isaías Valdez, que iba “hasta aquel lado de Teresita, a la Calle Dos, al Porvenir; nos íbamos en troque, de raite, en bicicleta, como se podía; ahí había trabajo en el campo, había tomate, pepino, calabaza”. Mismo recuerdo de Cruz Villagómez, que veía ir y venir a su papá y sus hermanos “hasta la Calle Dos a trabajar en bicicletas” (Entrevista, *Manuel*, 2021; Entrevista, *Isaías*, 2021).

Es así que, cuando escaseaba el trabajo agrícola entre mayo y octubre, era considerado tiempo muerto. Como resultado de ello, paulatinamente se consolidó una tendencia migratoria, pero realmente la movilidad a Estados Unidos de los habitantes de Zeferino, para muchos, inició desde antes de que existiera el ejido. Juan Rivas emigró a Estados Unidos cuando aún vivía en su natal rancho de La Chuchupira, Cosalá; Roque

López hizo lo propio desde Mexicali, trabajando durante años en Seattle, Washington, California y Arizona.

También algunos de los futuros ejidatarios fundadores o reacomodados emigraron durante el Programa Bracero activo de 1942 a 1964, que permitía una migración legal y temporal para trabajar en el agro estadounidense (Astorga, 2017). Antes de que se fundara Zeferino, fueron braceros los hermanos Melesio y Gildardo Chávez, Juan Rivas, Basilio Rodríguez, así como la familia Arroyo Astorga cuando vivían en Villa Juárez, Sonora, emigrando juntos el padre Abel y sus hijos Salvador y Faustino. Gilberto Astorga, por su parte, fue el primero de su familia en emigrar desde la sierra de Durango y lo hizo como bracero en 1959, y luego de trabajar durante 8 meses en Stockton, California, a finales del mismo año, cuando iba de regreso a La Tembladora, decidió llegar a saludar a su tío y padrino Manuel Chávez a Los Mochis, y ahí se quedó a vivir (Entrevista, *Gilberto*, 2021).

Con esa experiencia migrante, sumada a la escasez laboral en el recién fundado Zeferino Paredes, las personas empezaron a emigrar “en la temporada en la que no había nada” (Entrevista, *José Wenceslao*, 2021). Durante los primeros años emigraron Juan Rivas, José Corral, Félix Corral, Ricardo Astorga, Austreberto Astorga, Manuel Lara Morales, Melesio Chávez, Gilberto Chávez, Faustino Astorga, Melitón Chávez y otros ejidatarios. También en los setenta hubo quien siguió “la corrida del algodón”, como Lalo Quiñones y otros: “Se acababa aquí en Cortines y Mochis, nos íbamos a Obregón, llegábamos a vivir a Pueblo Yaqui, vivíamos debajo de los árboles, no teníamos ni hamacas; como llevábamos las lonas para pisar el algodón, ahí nos acostábamos. De ahí íbamos a Mexicali, a seguir la corrida del algodón”. En definitiva, “antes todos los años era así: una temporada en la que no había nada.

En otra de las ocasiones con lo que trajo del otro lado, Melesio compró vacas, por lo que para esta familia “la vida fue diferente cuando él se fue a Estados Unidos”. Gilberto Astorga también coincide en que irse al norte fue lo que les permitió “capitalizarse” y criar chivas y vacas.

Testimonios sobre la consolidación del proyecto ejidal

Para que el proyecto ejidal se consolidara, tuvieron que darse diversos procesos: un aspecto “negativo” como la exclusión de los sistemas de riego agrícolas, en realidad fue determinante, pues permitió que los habitantes de Zeferino buscaran diversas formas de subsistir y no dependieran en principio de la agricultura. El Ejido también se consolidó por La escolita de “la profe” y por el fortalecimiento de la educación en los tiempos recientes en el preescolar, la primaria y los demás grados académicos para los que sus habitantes deben salir del rancho. Se consolidó desde los setenta por la instalación de la electricidad y el pozo de agua, por la relación de sus habitantes con el monte y por la reconfiguración de ello, el proceso de desmonte. La sociedad ejidal también tomó su forma por los procesos migratorios, principalmente hacia Estados Unidos, Nogales (Sonora), Tijuana (Baja California) y, en menor medida, hacia el estado de Guanajuato y Jalisco. En todo lo anterior, no solamente jugaron un papel.

De manera particular, la exclusión durante décadas de los sistemas de riego, que imposibilitó que desde 1966 los habitantes del ejido pudieran dedicarse a sembrar sus parcelas, y que a consecuencia de ello las actividades productivas realizadas fueran muy diversas: desde cortar leña y venderla, hasta trabajar como jornalero en la zona de riego cercana; dedicarse a la ganadería; hacer y vender queso; emigrar a Estados Unidos; o seguir trabajando en las cantinas de Los Mochis y en otros empleos de la ciudad, solo por mencionar algunos de los tantos trabajos. Sin agua para el riego, las tierras ejidales de Zeferino Paredes no pudieron ser aprovechadas durante más de dos décadas como sí se hacía en el valle. Por lo anterior, gracias principalmente a la migración a Estados Unidos, algunos ejidatarios consideran que pudieron “capitalizarse” e invertir su dinero, por ejemplo, en la compra de chivas y vacas, además de adquirir caballos, mulas y burros.

Para Esther Jaquez, además de la emigración, consolidarse como ganaderos fue lo que trajo un cambio en su vida familiar por aquellos años. La oportunidad para los hermanos Melesio y Gildardo Chávez Astorga se dio cuando tuvieron noticia de que vendían “una partida de chivas grande, de como 400 chivas”; entonces se asociaron ellos dos, además de Ernesto Jaquez, Lázaro Jaquez, hermanos de Esther, y Gilberto Astorga, sobrino de Gildardo y Melesio. Desde entonces iniciaron la construcción de corrales en el

ejido, inició la ordeña y la venta de leche y queso, pues desde la primera ordeña recuerda que Melesio le dijo: “Vamos a ordeñar vieja, me voy a llevar unas dos botellas de dos litros”; y cuando llegó me dijo: ‘Aquí está la leche, ¿qué le vas a hacer?’. “Yo la voy a hacer queso, le dije” (Entrevista, *Esther*, 2021).

Poco después de estas familias, se sumaron muchas al negocio de la ganadería, al grado que cuando Lalo Quiñones llegó para establecerse en el ejido en 1974, lo recuerda como una población netamente ganadera, donde había “puro monte [y] muchos ejidatarios tenían ganado: chivas, vacas, gallinas, puercos pocos” (Entrevista, *José Wenceslao*, 2021). Para Manuel Lara, al que le gustaba criar animales, ahí empezó a tener una nueva fuente de ingresos, “porque compraba unas poquitas de chivas, criaba, ordeñaba, vendía un chivito, entonces ya tenía un ingreso. Y si no, pues se tenía leche, queso; el que tenía forma de criar ganado, pues criaba poquito más”. El mismo Manuel Lara considera que hacia finales de los setenta “hubo casi un 50 por ciento de ganaderos” en Zeferino; uno de ellos fue su papá Juan Rangel, que llegó a tener 150 cabezas de ganado.

Por su parte, Gilberto Astorga rememoró que empezó con la cría de chivas por considerar que es más económica para alimentarla que las vacas, así como para comprarlas y hacerte de un rebaño, pues una chiva “en ese tiempo nos costaba 20, 30 o 40 pesos, y una vaca costaba 800 o 1000 pesos, era más difícil adquirirlas”. Los ejidatarios, ahora ganaderos de Zeferino, compraron ganado en diversas zonas del norte de Sinaloa o incluso fuera del estado, tal y como recuerda Gilberto Astorga, que sostiene que “éramos tan luchadores para buscar, nosotros nos arrancábamos hasta Chihuahua a buscar chivas; a nosotros nos apoyaba mucho Rafael Cota” con la camioneta que tenía. Gilberto duró mucho tiempo con las chivas, pero se deshizo de ellas, pues ya había comprado vacas y no podía con ambas. Paulatinamente, cada vez más y más ejidatarios se volvieron ganaderos; desde mediados de los setenta hasta principios de la primera década del siglo XXI, Zeferino Paredes vivió su auge ganadero: Llegaron a tener chivas o vacas:

Melesio Chávez, Gildardo Chávez, Gilberto Astorga, Fernando Astorga, Javier Rosales, Jesús “Chuyano” Chávez, Antonio Chávez, Silvestre Chávez, José Chávez, Juan Ruíz, Manuel Valdez, Juan Rangel, Alfredo Rangel, Isidro Villagómez, Elías

Villagómez, don Gonzalo Yáñez, Melitón Chávez, Rafael Cota, Israel Urías, Ernesto Jaquez, Amancio Torres, Baltazar López, Cristiniano “el güero” Cota, Cristóbal Martínez, Juan Rivas, Lupe Villarreal, Manuel “el compita” Arredondo. Casi la mitad de la gente del ejido se dedicaba a eso. Hubo más de 15 corrales aquí de todos ellos. Eso a este pueblito le dio un tiempo de sustento. Además, los que no tenían ganado emigraban (Entrevista, *Gilberto*, 2021; Entrevista, *Manuel*, 2021; Entrevista, *Juan*, 2022).

Derivado de que fuera un ejido ganadero, Zeferino Paredes también fue y sigue siendo ejido quesero. Los primeros quesos los empezaron a hacer las familias provenientes de Durango, en primer lugar, porque ya tenían el ganado que se necesitaba para ello; y en segundo, porque ya habían hecho queso antes en la sierra y conocían el proceso. A principios de los setenta, cuando pretendió hacer queso por primera vez, Ernesto Jaquez, Gildardo Chávez y Gilberto Astorga, que estaban asociados con la partida de chivas con su esposo Melesio, también le vendieron la leche para que todo lo que se ordeñó se hiciera queso.

Entonces me dijo Ernesto: “Bueno, y si vas a hacer la tuya, ¿por qué no haces también la mía?”, que era la misma cantidad de leche, más o menos. Entonces dijo Gilberto, “Pues haga también la mía”. Entonces ya tenía yo toda la leche que se sacaba de esas chivas. Le encargué a Melesio que me hiciera un cuadrito de madera para yo hacer los quesos en él. Otro día me dio raite para Tobobampo a una tienda... y le dije a la que atendía: “Doña, vengo a venderle este quesito. Mire, más bien, se lo vengo a dejar. Yo vengo mañana o pasado mañana; si usted lo vendió, me lo paga, y si no lo vendió, yo me llevo mi queso” (Entrevista, *Esther*, 2021).

Pero el negocio empezó bien, el queso se había vendido en un solo día, “rapidito”; por lo que desde entonces empezaron a trabajar en ello. Esther seguía llevando quesos continuamente, y en esa tienda de Tobobampo se vendían, primero uno, luego dos y después más quesos, sumados a los que se consumían en Zeferino. Al advertir que “sí funcionó aquello, el negocio de vender queso”, entonces se dispuso a comprar más leche

a los chiveros que ya empezaban a proliferar en el Ejido: a don Elías Villagómez, Juan Ruiz, entre otros, y más tarde se empezó a recoger leche en camionetas por todos los ejidos de la Cero, desde Francisco Villa hasta Concentración 5 de Febrero, o incluso en lugares más alejados como Tres Garantías, Agua de las Arenas, San Pablo Mochobampo, Santa Cecilia, entre otros, a fin de incrementar la producción de quesos, panelas y eventualmente de requesón y jocoque.

Para la familia Chávez Jaquez de Esther y Melesio, la venta de queso realmente se volvió negocio cuando ella empezó a llevar quesos a la tienda de Indalecio Cabrera en Ruiz Cortines, un abarrote céntrico que vendía de todo y que, desde principios de los setenta, ahora también tenía queso y panelas de Zeferino Paredes. Ante el incremento de la producción y la venta, Esther invitó a trabajar a su cuñada Julia Salas, esposa de Ernesto Jaquez; la producción siguió aumentando porque las chivas ya daban más leche, y desde entonces se empezó a sacar una jaba llena de queso, e inició la venta en Los Mochis, el lugar que finalmente consolidaría el negocio de los queseros del ejido.

Ernesto se llevaba en el lomo la jaba, a esperar el camión para ir a entregarlo a Mochis. Todo el queso lo dejaba fiado, y a la semana se iba con las notas y cobraba todo. Me acuerdo de que me dijo él: “Ahora si hermana, se nos acabó el hambre, ya tenemos queso, leche, carne y tenemos dinero”. Ahí fue donde nosotros notamos que cambió todo. Cada vez más litros de leche, y más jabas de quesos, y fue creciendo el negocio (Entrevista, *Esther*, 2021).

Siguiendo ese modelo de negocio, en los siguientes años muchas mujeres y hombres del ejido empezaron a hacer queso. No todos a gran escala, sacando jabas llenas; algunos también hacían, por ejemplo, 2 o 5 piezas e igualmente las vendían afuera. A finales de los setenta, Julia Salas se independizó y tuvo su quesera, y cuando ella emigró a Estados Unidos, ese negocio fue continuado por su hija Josefina Jaquez Salas “Chepa”. También empezó a hacer queso María Urías, y a mediados de los ochenta Alicia Jaquez, así como Rosalba Jaquez y Rogelio Velázquez; fue así que aumentaron las llamadas “queseras” en el

ejido, que son los cuartos en los que se instalan los lavaderos y demás implementos donde se elabora el queso.

Además de las anteriores actividades productivas que permitieron a las familias mejorar sus condiciones de vida, el afianzamiento del proyecto ejidal también se dio porque se logró la instalación del agua entubada, la luz eléctrica, la pavimentación de la carretera Calle Cero que aceleró las comunicaciones, así como el desmonte de las tierras ejidales. En cuanto al desmonte, muchos ejidatarios habían desmontado porciones de su parcela de 1^º hectárea o incluso la parcela completa, con pura hacha y machete, pero en 1978 se logró que el Programa Nacional de Desmontes abarcara a esta región de la Calle Cero. Fue durante el gobierno del presidente Luis Echeverría Álvarez (1970-1976) cuando el comisariado ejidal de Zeferino, Gildardo Chávez Astorga, acompañado de Gilberto Astorga Jaquez y de una comitiva de 12 personas que representaban a sus ejidos, viajaron en grupo hasta la capital del país para buscar el apoyo.

Durante una estancia de 11 días en la ciudad y hospedados en el hotel Buenos Aires del Centro Histórico (por Motolinía y 5 de mayo), acudieron a diferentes secretarías y oficinas, entre ellas a la Confederación Nacional Campesina (CNC). Pero fue hasta una segunda visita a la capital, cuando el nuevo comisariado ejidal, Gilberto Astorga, viajó, y recordó que fue durante la dirigencia de la Secretaría de la Reforma Agraria (SRA) del sinaloense Antonio Toledo Corro (1978-1980) cuando se les autorizó el Programa Nacional de Desmonte les desmontara toda la superficie que restaba, es decir, 620 hectáreas; y el programa fue tan efectivo que, cuando regresaron a Sinaloa, las máquinas ya habían llegado al ejido.

Las máquinas empezaron a llegar inmediatamente. Había compañías que se dedicaban a hacer esos trabajos. Entonces ponían una máquina allá, y otra acá, y una cadenona en medio, y avanzaban juntas para ir la arrastrando e ir tumbando todo; ya después ellos mismos a juntar y a enchorizar, y ya uno ya tenía trabajo: uno quemaba, y nos dejaron la tierra desmontada (Entrevista, *Gilberto*, 2021).

El trabajo en las tierras ejidales de Zeferino duró poco más de 3 meses, y desde entonces la fisonomía del ejido y sus tierras cambiaron. Pero entonces “ya de ahí vino el problema de la luz” (Entrevista, *Gilberto*, 2021). Lograr la instalación de la luz eléctrica se volvió el siguiente objetivo de los ejidatarios. Durante poco más de una década, en Zeferino Paredes se vivía con la compra de agua y hielo, guardando la comida en pequeñas hieleras y en sarzos, alumbrándose con cachimbas y soportando los calores de verano. Para el pozo de agua, los representantes ejidales nuevamente viajaron en tren hasta la Ciudad de México, los redirigieron a Banrural, y ahí lograron la aprobación del pozo de agua hacia finales de 1979.

El sistema de luz eléctrica también estuvo concluido en 1979 y con ello cambió la vida de los habitantes del ejido en muchos sentidos. Ahora la novedad es que ya había algunas “lámparas en las calles, y hubo oportunidad de comprar un abanico”, y además con la luz podría funcionar un sistema para la extracción de agua de un pozo. En suma, entre 1978 y 1979, “ese mismo año del desmonte nos pavimentaron la carretera principal, la Calle Cero; ese año nos metieron la luz, el pozo de agua potable el mismo año” (Entrevista, *José Wenceslao*, 2021).

Con la mediana estabilidad alcanzada entre los años setenta y ochenta, la vida fue más allá del buscar “sobrevivir” en los montes desolados: aumentaron las fuentes de empleo, continuó consolidándose la educación y se tuvo tiempo para el ocio y la cultura: se formó un equipo de béisbol y uno de fútbol e inició la práctica frecuente de deportes en el Ejido; se asistió a eventos y concursos culturales, y se iniciaron las celebraciones del Día del Ejido. Todo esto se logró de manera paulatina y gracias al esfuerzo de las mujeres y hombres fundadores y recién llegados, a quienes se sumaron las nuevas generaciones.

Consideraciones finales

En la actualidad queda poco del Ejido enmontado y repleto de la flora y fauna del paisaje original. Las nuevas generaciones crecimos con el paisaje de parcelas y surcos con diversos cultivos, módulos de riego, canales -de tierra, revestidos y entubados-, compuertas y puentes, sifones, drenes, bodegas y caminos para sustentar la pujante actividad agrícola de

la zona. El contenido del presente artículo es una breve muestra de que lograr el funcionamiento del Ejido Zeferino Paredes no fue sencillo: quienes hicieron la solicitud de dotación de tierras realizaron gestiones durante años y, una vez aprobado, tuvieron que contestar a amparos de los latifundistas que se negaban a perder sus tierras, además de viajar constantemente a Culiacán, la Ciudad de México y otras ciudades para gestionar la instalación del agua, luz, el pozo de agua y el desmonte. Para las primeras familias, durante más de una década la vida fue precaria y vivida en la desolación del monte espinoso donde, aunque había mucha leña y fuentes de alimento como venados, iguanas y palomas, también había serpientes e insectos venenosos; en una tierra que no había sido beneficiada por los grandes proyectos de irrigación. Ante ello tuvo que surgir el esfuerzo y creatividad de sus habitantes para las actividades laborales, culturales y para el ocio.

Ante la necesidad laboral, los habitantes de Zeferino se ocuparon en diversas actividades productivas: fue ejido leñero, ganadero, quesero, se realizaron siembras de temporal, se trabajaba en las cantinas de Los Mochis, fue ejido jornalero, migrante y recientemente agricultor. En cuanto al aspecto sociocultural, también con esfuerzos y muchas gestiones se pasó progresivamente de la escuelita de madera de cardón, a una primaria de material y bien equipada, tanto adentro como afuera de los salones de clase; se inició la práctica de deportes como el béisbol, fútbol y volibol; e iniciaron las celebraciones del Día del Ejido, los jaripeos y diversos eventos en la primaria y el kínder que unían a la comunidad.

También contribuyó la existencia de la Estación de Zeferino Paredes del ferrocarril que movilizó personas y mercancías. Finalmente, en el plano agrario, el ejido también se consolidó por los procesos de depuración, donde algunos ejidatarios perdieron sus derechos agrarios, y se dio la llegada de familias reacomodadas que obtenían una parcela y un solar.

Los fragmentos de entrevistas destacados en este texto son una muestra de que las fuentes orales son un *patrimonio cultural intangible*, pues nos permiten recuperar esas historias de vida, testimonios y experiencias de generaciones anteriores que van acumulándose y que forman parte de nuestra identidad; y porque consolidan la idea de

que en el presente se deben hacer esfuerzos para preservar esas enseñanzas para las futuras generaciones (Santibañez, 2008: 1). Como advertimos, las fuentes orales nos permiten advertir cómo pensaban, cómo interpretaban y construían su mundo, cómo lo rememoran desde el presente, además de que nos permiten acceder a sus expectativas y deseos, a las emociones y sentimientos de los protagonistas de la historia, y todo ello humaniza las investigaciones.

En cuanto a la convivencia intergeneracional, consideramos que para las nuevas generaciones (*generación sucesores*), conocer estas historias y memorias del origen y desarrollo histórico de su Ejido puede contribuir a consolidar la 'memoria heredada', que refiere al conocimiento de un pasado que se hace propio, aun cuando no se haya experimentado directamente. Dicho proceso se puede dar con la lectura de este artículo y otras obras sobre la historia del Ejido, pero también con base en la socialización de las memorias ejidales, principalmente aportadas por los adultos mayores. Es decir, mediante ese conocimiento de pasado se logra una 'familiarización' que consiste en un recorrido iniciático a través de los círculos concéntricos constituidos por el núcleo familiar, los compañeros, las amistades, las relaciones sociales de los parientes y, sobre todo, el descubrimiento del pasado histórico a través de la memoria de los antepasados. El vínculo transgeneracional es el que garantiza la transición entre la memoria aprendida y la memoria viva.

Se trata de una experiencia importante que contribuye a ensanchar el círculo de los próximos, de los allegados, abriéndolo hacia un pasado que, "aunque pertenece al de nuestros mayores aún con vida, nos pone en comunicación con las experiencias de otra generación distinta a la nuestra" (Ricoeur, 2010, p. 509).

En suma, lo que se busca es que, al plasmar las historias, memorias, costumbres, vicisitudes y, en general, la esencia social y cultural de Zeferino Paredes, esta historiografía oral brinde señas de identidad, sentido de pertenencia; nos permitirá saber de dónde venimos, por qué estamos aquí, cuánto tuvo que pasar para que lográramos lo que tenemos ahora, en qué nos hemos equivocado, qué falta y qué podemos cambiar; en definitiva, plantarnos con seguridad en el presente y con optimismo hacia el futuro. Lo

anterior, pensado especialmente en los jóvenes, pues como consideró Manuel Lara: ahora “los jóvenes es otra forma de pensar; ahora incluso propones algo, y las nuevas generaciones dicen ‘naaa, estos viejos ya están anticuados’; pero yo quiero que se acuerden de que, por esos viejos, están estos pueblos” (Entrevista, *Manuel*, 2021).

Fuentes

- AGCES Archivo del Congreso del Estado de Sinaloa (1991). Fondo H. Congreso del Estado de Sinaloa. Periódico Oficial del Estado de Sinaloa (POES), en Culiacán, Culiacán, 4 de octubre de 1991.
- ARÓSTEGUI, Julio (2004). *La historia vivida. Sobre la historia del presente*. Madrid: Alianza Editorial.
- ASTORGA MORALES, Abel (2017). *Historia de un ahorro sin retorno. Despojo salarial, olvido y reivindicación histórica en el movimiento social de ex braceros, 1942-1964*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Collado, María del Carmen (2006). “¿Qué es la historia oral?”. En Graciela De Garay (coord.). *La historia con micrófono*. México. Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora. 116 p.
- Entrevista a *Esther Jaquez Chaidez* realizada por Abel Astorga Morales en Ejido Zeferino Paredes, Sinaloa, a 18 de diciembre de 2021
- Entrevista a *Manuel Lara Morales* realizada por Abel Astorga Morales en Ejido Zeferino Paredes, Sinaloa, a 18 de diciembre de 2021
- Entrevista a *Gilberto Astorga Jaquez* realizada por Abel Astorga Morales en Ejido Zeferino Paredes, Sinaloa, a 18 de diciembre de 2021
- Entrevista a *Isaías Valdez Cabrera* realizada por Abel Astorga Morales en Ejido Zeferino Paredes, Sinaloa, a 20 de diciembre de 2021
- Entrevista a *José Wenceslao Quiñones* realizada por Abel Astorga Morales en Ejido Zeferino Paredes, Sinaloa, a 27 de diciembre de 2021
- Entrevista a *Rafaela Heraldez Armenta* y a *Jesús Manuel Arredondo Heraldez* realizada por Abel Astorga Morales en Ejido Zeferino Paredes, Sinaloa, a 28 de diciembre de 2021

Entrevista a *Roque López Osuna* y a *María Evangelina Robles Cota* realizada por Abel Astorga Morales en Ejido Zeferino Paredes, Sinaloa, a 29 de diciembre de 2021

Entrevista a *Jesús Esther Leyva Avilés* realizada por Abel Astorga Morales en Ejido Zeferino Paredes, Sinaloa, a 29 de diciembre de 2021

Entrevista a *Cruz Villagómez Mendoza* realizada por Abel Astorga Morales en Ejido Zeferino Paredes, Sinaloa, a 29 de diciembre de 2021

Entrevista a *Abel Silvas Olivas* realizada por Abel Astorga Morales en Ejido Zeferino Paredes, Sinaloa, a 24 de agosto de 2022

Entrevista a *Juan Rangel Morales* realizada por Abel Astorga Morales en Ejido Zeferino Paredes, Sinaloa, a 25 de agosto de 2022

Entrevista a *Jesús Antonio Arellano Padilla* realizada por Abel Astorga Morales en Ejido Zeferino Paredes, Sinaloa, a 25 de agosto de 2022

Entrevista a *Audelia Quintero Martínez* realizada por Abel Astorga Morales en Ejido Zeferino Paredes, Sinaloa, a 29 de agosto de 2023

GONZÁLEZ, Luis (2010). *Pueblo en vilo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Ricoeur, Paul (2010). *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.

Registro Agrario Nacional (1968). PROCEDE. Exp. 42/623, *Resolución sobre dotación de ejido al poblado Estación Zeferino Paredes, en Sinaloa de Leyva, Sin..* Diario Oficial de la Federación (DOF). 16 de mayo de 1968.

SANTIBAÑEZ TIJERNA, Blanca Esthela (2008). "Las fuentes orales: patrimonio cultural intangible". Ponencia presentada en el *XV Congreso Internacional de Historia Oral*. Guadalajara.

Sandoval Pierres, Armando (2010). *Diseños de proyectos de investigación de Historia Oral*. En Ada Marina Lara Meza (coord.). *Los oficios del historiador: taller y prácticas de la historia oral*. León, Guanajuato. Universidad de Guanajuato. 11-57.

SAUVAGE, Pierre (1998). "Una historia del tiempo presente". *Historia crítica*. Núm. 17. 59-70.